

El republicanismo español: de eslogan a proyecto de renovación plurinacional-popular

ÁNGEL DE LA CRUZ

Responsable de Estrategia Política de Izquierda Unida
y coordinador de la revista *laU*

La hipótesis de partida es la siguiente: no habrá en España una alternativa de izquierdas renovada que no sea federalista en lo cultural, confederal en lo organizativo y moralmente sensible a las diferencias de las distintas nacionalidades y regiones.

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY, 1997



81

Introducción

El pasado verano se realizó el estudio más riguroso conocido hasta la fecha sobre las posibilidades de la república como alternativa a la monarquía borbónica, sumida en una crisis de legitimidad sin precedentes durante los últimos años. Los resultados del estudio realizado por 4odB, agencia de investigación dirigida por la expresidenta del CIS Belén Barreiro, arrojaron algunos datos llamativos. La opción republicana ganaría frente a la monárquica en un hipotético referéndum con cuatro puntos de ventaja, siendo mayor la distancia —de doce puntos— de los partidarios de la celebración de dicho referéndum frente a quienes no lo consideran necesario.

Profundizando un poco más en los datos del estudio, constatamos rápidamente que la monarquía se enfrenta a una crisis estructural que podemos dividir en tres clivajes principales: el ideológico, el generacional y el territorial. En resumidas cuentas, la monarquía es un proyecto sustentado por la ciudadanía de derechas, de mayor edad y residente en el interior y en el sur del país. Al contrario, el republicano es un proyecto progresista, joven y plurinacional-periférico. Estos resultados fueron recibidos con júbilo entre los republicanos, pero creemos que no suponen una garantía de que el republicanismo

español pueda erigirse a medio y largo plazo como un proyecto de país verdaderamente mayoritario y popular.

El líder de Podemos, Pablo Iglesias, aprovechó su posición como vicepresidente para alimentar el debate sobre el futuro de la monarquía. Por primera vez en los últimos cuarenta años se planteaba abiertamente un «horizonte republicano» desde las privilegiadas tribunas del Gobierno. Sin duda, se trata de un avance político y cultural en absoluto desdeñable, pero entendemos que este marco de debate inédito debe ser afrontado desde una mirada profunda que no entienda el republicanismo como otro eslogan más dentro del mercado político, sino como un proyecto de renovación plurinacional-popular.

Algo más que la crisis de la monarquía



82

La crisis de la monarquía no se puede explicar únicamente mediante el análisis de sus propias debilidades y errores como institución. El deterioro de la autoridad se debe principalmente a la corrupción y a la decadencia ejemplificada de manera paradigmática en la figura del fugado Juan Carlos I, pero no solo. Es más, dichos escándalos de corrupción hace dos décadas habrían supuesto un deterioro en la imagen de la corona ostensiblemente menor. La gran diferencia es que la crisis de la monarquía está estrechamente relacionada con la crisis de Estado en la que se encuentra nuestro país actualmente.

El concepto de «crisis de régimen», en boga especialmente durante los años 2013, 2014 y 2015, servía como traducción española del concepto gramsciano de «crisis orgánica». Con él, se enunciaba una ruptura más profunda que la crisis de hegemonía, la condensación de dicha ruptura a varios niveles: el social, el cultural, el político y el institucional. No hace falta que nos detengamos en el recorrido: la crisis económica expulsó a amplios sectores del frágil consenso social, estos se desprendieron de las viejas ideas que articulaban el consenso cultural y eso acabó traduciéndose en la ruptura del consenso político, que se tradujo en la aceleración de la crisis institucional, esta con algunos ritmos y particularidades propias.

La evolución de la crisis económica (no tanto de sus indicadores «objetivos» como de sus implicaciones «subjetivas»), el agotamiento del empuje social, el reajuste del escenario político o la preeminencia de la cuestión «nacional» son algunos de los factores que explican la evolución de esa crisis de régimen a una crisis de Estado. Hablamos de crisis de Estado porque las grandes contradicciones del régimen se libran exclusivamente en su interior, acabando en la mayoría de las ocasiones en un enquistamiento institucional. Este enquistamiento es el resultado de una doble debilidad. Por un lado, la izquierda y la sociedad civil no somos capaces de empujar las contradicciones para imponer una resolución democrática y, por otro lado, el Estado es incapaz de neutralizarlas completamente a través de la integración (o el aniquilamiento).

Las grandes contradicciones que atraviesan la crisis de Estado tienen una difícil resolución «reformista», pues todas ellas implican un profundo desgarramiento en las entrañas del régimen: el modelo territorial, tanto para afrontar los retos inherentes de la realidad plurinacional como de la España abandonada (víctima de primer orden del centralismo), la democratización de algunos de los aparatos estatales como el judicial o la propia institución monárquica son algunos ejemplos. Sin embargo, el problema de la monarquía, decíamos, no es solo interno, pues no bastaría con una reforma en clave de regeneración democrática: el problema de la monarquía es que es el broche de todas las debilidades del propio Estado en tanto que es la representación última de la organización de los poderes en nuestro país.

En este nudo de contradicciones y debilidades se enmarcan tanto la crisis de la monarquía como la propuesta republicana. Pablo Iglesias y Alberto Garzón son conscientes de la oportunidad histórica que supone el Gobierno de coalición precisamente porque, a pesar de la fragilidad de sus bases sociales, permite librar algunas batallas desde espacios y posiciones privilegiadas. Como vimos en el número 247 de esta misma revista, a propósito de la teoría marxista del Estado, de lo que se trata —siguiendo a Poulantzas— es de aprovechar espacios y posiciones para agudizar las contradicciones en el seno del Estado y empujarlas en una dirección democrática. El republicanismo como proyecto de renovación plurinacional-popular debe, en última instancia, «hacerse Estado» (en el sentido más amplio del término) como tarea ineludible en el proceso de consolidación del «bloque histórico».



Rehusar atajos y evitar tentaciones

Quienes nos sentimos humildemente partícipes del hilo rojo del PCE enarbolamos con orgullo la bandera tricolor y, especialmente, el acervo político, histórico y cultural que representa. Sería un error desprenderse de él, pero además sería un ejercicio estéril, pues no podemos hacer política partiendo de un folio en blanco o en un espacio etéreo ajeno a las particularidades que los surcos de la historia dejan con tesón tras de sí. La estrategia populista que trata de desprenderse de todos los elementos que puedan suponer una rémora ideológica es errónea no solo por cortoplacista, sino por ineficaz. La trayectoria de Ciudadanos es un ejemplo paradigmático del imposible liberalismo español, es decir, de cómo un proyecto político acaba basculando hacia las bases sociales y culturales más sólidas sobre las cuales puede apoyarse. Nunca es, solo, una cuestión de voluntad.

Un republicanismo que pretendiera partir de cero sobre la base de significantes «vacíos» y «ganadores» podría tener un relativo recorrido a corto plazo, pero estaría condenado al fracaso porque, incluso en el mejor de los escenarios

posibles, podría ser fácilmente neutralizado a través de la integración. No hay atajos posibles: el republicanismo debe ser un proyecto profundo e integral de sociedad política que interpele al conjunto de contradicciones y poderes del Estado (insistimos, siempre desde una lectura amplia del concepto, nunca «instrumentalista») y arraigue en las bases emancipatorias del hilo rojo y tricolor.

Ahora bien, de nada sirve evitar la tentación populista si caemos en su contraparte izquierdista-historicista. Podemos afirmarlo con claridad: el eje central de un republicanismo español verdaderamente popular no puede ser el reconocimiento de una etapa y un proceso histórico que sirven como pulsión movilizadora únicamente a una minoría militante. Ese republicanismo quedaría reducido a un movimiento memorialista que, siendo imprescindible, es otra cosa distinta. Imprescindible, complementaria, pero distinta. El principal problema de esta tentación izquierdista es que acaba reduciendo el republicanismo a una propuesta maximalista, esto es, al resultado de la frustración por incapacidad que busca poco menos que un milagro. Es una respuesta lógica, por fácil y accesible, pero errónea, pues solo consigue aumentar la distancia entre las clases populares y el republicanismo.

Creemos que la tarea de la izquierda es conectar ese hilo rojo conformado por las luchas democráticas, populares y emancipatorias con otros elementos que puedan ahormar un proyecto amplio y diverso, pues solo así el republicanismo será realmente popular. Republicanos y monárquicos compartimos una debilidad: la ausencia (relativa) de transversalidad. Esto no supone ningún problema grave para la monarquía, porque cuenta con poderes más que suficientes para mantenerse por mera inercia, es decir, por la ausencia de una alternativa más sólida. Sin embargo, para los republicanos es un problema mayor. Hablar de republicanismo es hablar de alianzas.

La república como proyecto de renovación plurinacional-popular

El republicanismo español siempre será mayoritariamente, pero no exclusivamente, de izquierdas. Sin embargo, reducirlo a una propuesta más dentro del catálogo izquierdista sería un ejercicio de autocomplacencia poco honorable. La vocación de un proyecto plurinacional-popular es más ambiciosa, pues pretende ampliar el margen político-institucional izquierdista y el margen de influencia social, otrora obrerista. Salvando las infinitas distancias, el éxito del PCI de Palmiro Togliatti se debió, en buena medida, a esa ambición, en absoluto descafeinada o posmoderna, que diría alguno hoy.

La fuerza revolucionaria de la izquierda no se puede medir por su beligerancia retórica, estética o identitaria, sino por su capacidad a la hora de hacer suyos el amplio conjunto de injusticias, problemas y anhelos de las clases populares. Es



precisamente lo contrario de lo que pregona ese materialismo vulgar, pues de lo que se trata es de ampliar la lucha política también allí donde las contradicciones inherentes del capitalismo no se expresan de forma explícita, como sí lo pueden hacer en una fábrica o en un parlamento. Tal era la ambición de Palmiro Togliatti cuando, recién finalizada la II Guerra Mundial, puso al PCI a trabajar no solo para resolver los problemas inminentes del proceso de reconstrucción, sino también los de largo alcance, extendiendo el partido a todos los italianos que vivían de su trabajo. Solo desde ese marco estratégico de conversión en partido «nacional» se puede entender esa flexibilidad táctica que, recordemos, se tradujo en la conquista de la república tras una alianza con los monárquicos frente a los fascistas.

Así pues, el republicanismo español no puede ser únicamente una forma de Estado ni la respuesta a la crisis territorial. Nos atrevemos a formularlo de la siguiente manera: la república debe servir para que las clases populares vivan un poco mejor. Esta debe ser la idea central que atraviese el discurso republicano. El discurso de la izquierda está lastrado en demasiadas ocasiones por una limitación arrastrada por el *marketing* tradicional que consiste en centrarse en el qué y en el cómo. El discurso republicano debe centrarse, por el contrario, en el por qué y en el para qué. El qué y el cómo nos sumen en una tediosa discusión institucional y jurídica de escaso interés ciudadano. Precisamente, uno de los objetivos es superar esa reducción del republicanismo en dos marcos institucionales: el de la jefatura del Estado y el del encaje territorial. Si la república servirá para que las clases populares vivan un poco mejor, el republicanismo debe ser más amplio e integrador.

Si se asume el republicanismo desde estas coordenadas, las organizaciones políticas deben adaptarse a tamaños objetivos, porque una maquinaria electoral, por ejemplo, puede servir para encarar con mayor virtud un ciclo electoral, pero no para construir republicanismo. El principal problema de la izquierda y, no por casualidad, del republicanismo, es que no somos capaces de superar las estrecheces institucionales en las que se encuentra enclaustrado «lo político». Así pues, hacemos política totalmente alejados de la cotidianidad de unas clases populares que, por norma general, repelen automáticamente toda manifestación explícitamente política-partidista.

Si nuestra acción política se circunscribe a los ámbitos institucional y electoral seremos incapaces de formar parte de la «experiencia» de las clases populares. Podríamos rememorar la mítica escena de *Novecento* de Bertolucci, siguiendo con Italia, sobre dónde está el Partido, pero un viejo camarada resumió el éxito del PCE en la clandestinidad de la siguiente manera: el Partido te mecía en la cuna y te llevaba a hombros al cementerio. Es difícil expresar con mayor precisión cómo el principal objetivo de una organización de izquierdas es la inserción en la cotidianidad de las clases populares y en la sociedad civil, esto es, en el conjunto de espacios en los cuales se reproduce ideología normalmente de manera aparentemente «apolítica».



Tanto la izquierda como el republicanismo debemos fortalecer nuestras bases sociales. De nuevo, no hay atajos: sociedad civil y arraigo territorial. A nadie se le escapa la importancia del municipalismo en un país como el nuestro. España será republicana cuando haya un militante en 8.000 municipios. Para extender la lucha político-cultural se necesita fortaleza organizativa. Es relativamente fácil colocar unos marcos discursivos en la televisión y en los principales medios de comunicación, pero no lo es desarrollar una política de las «cosas pequeñas» que conforman la vida cotidiana de las clases populares. El republicanismo debe conectar con las condiciones sociales y elevar todos los problemas, injusticias y anhelos, por mundanos y modestos que sean, a la dimensión «nacional», es decir, a la profundamente política.

No se trata de desvelar una verdad, de quitar la venda de los ojos a aquellos que, cegados por las gafas de la falsa conciencia, son incapaces de ver la realidad objetiva. No hay nadie en España que no relacione la monarquía borbónica con la corrupción o el parasitismo. De lo que se trata es de construir un proyecto alternativo, propio, capaz de generar otros imaginarios, otros afectos y otras perspectivas. La monarquía se encarga por sí misma de generar rechazo, el eje central del republicanismo no pueden ser los defectos de la monarquía. No hay un problema de ignorancia respecto a estos, sino un problema de cinismo que solo puede ser superado por un proyecto republicano atrayente.

República federal, plurinacional y solidaria

No existen dos procesos de emancipación iguales, porque la condición *sine qua non* para el éxito de cada uno de ellos es el análisis exhaustivo y el reconocimiento de las particularidades nacionales, y estas siempre serán profundas. En Francia el republicanismo es jacobino. En Italia el republicanismo del PCI era centralista hasta el punto de prohibir, en 1946, toda forma de federalismo. En España el republicanismo tiene dos expresiones principales, la federal y la confederal.

Cuando hablamos de republicanismo español como proyecto de renovación plurinacional-popular hablamos, sin duda, de un republicanismo federal, pues no entendemos la república como la mera suma de los distintos territorios con sus respectivas particularidades, lo cual supondría, en la práctica, el reconocimiento de la ausencia de un proyecto propio. España es un país plurinacional y, a día de hoy, esta afirmación no puede encontrar objeciones en el ámbito de la izquierda. El republicanismo español parte de este reconocimiento y apuesta por un proyecto compartido que va más allá de la suma jurídica de las distintas naciones. Esta segunda parte es la principal tarea pendiente, porque, recordemos, no solo nos dirigimos a la población de Catalunya, Euskadi o Galicia, sino que nos dirigimos al conjunto de la ciudadanía de todo el país,



pues nuestro proyecto es estatal. Es imprescindible articular alianzas entre la España plurinacional y la España del interior, la abandonada y la rural. La necesidad de descentralización es uno de los nexos en común. La aspiración de avanzar hacia un país más justo y más fraterno, otro.

Un país más justo porque el republicanismo redefine el concepto de pueblo, en constante disputa, como la ciudadanía que vive de su trabajo, desde los tiempos de Robespierre. Amor a la patria, decía el incorruptible, es amor a la igualdad: la base de la democracia. Y un país más fraterno, porque el republicanismo significa rebelión y emancipación, la unión de la ciudadanía libre en condición de tal. Porque la libertad exige instituciones sociales que garanticen una base material de existencia para que no sea una ficción jurídica.

No son pocos, ni fáciles, los retos del republicanismo español y de la izquierda: asunción del conjunto de problemas de las clases populares, inserción en su experiencia cotidiana, extensión de la lucha político-cultural, construcción de bases sociales sólidas, consolidación de un proyecto integrador de país generador de afectos propios, articulación de alianzas amplias y un largo etcétera. En este artículo hemos pretendido hacer un sobrevuelo sobre algunos de ellos, sin ningún tipo de pretensión filosófica ni histórica, pero sí política. Si la izquierda apuesta por el republicanismo como proyecto de renovación plurinacional-popular y no como un mero eslogan electoral, debe asumir, como propios y de manera inminente, estos retos. Si no lo hace, los datos positivos reflejados por la encuesta de 4odB serán totalmente insuficientes a medio y largo plazo. España, pasado mañana, será republicana. ★

